

DON QUIJOTE Y LA LOCURA

Por el Pfr. Dr. Ricardo Royo Villanova.





DON QUIJOTE Y LA LOCURA

SEÑORAS, SEÑORES:

He vivido demasiado tiempo en esta casa, he pasado muchos días en su biblioteca, he aprendido muchas cosas de los ilustres tertulios de la cacharrería, y, sobre todo, he tenido demasiadas noches la fortuna de oír embelesado las admirables lecciones que desde este mismo sitio pronunciaron nuestros grandes hombres, para que no me sobrecoja la idea de levantar la voz en esta cátedra, donde hasta la respiración acallaba para no turbar ni con el ritmo de la vida el silencio que demandaba mi atención; donde jamás abrí la boca sino como expresión admirativa hacia los maestros de la ciencia, de la literatura y del arte, ó como medio de escuchar mejor sus discursos, ó como significación de querer comulgar en sus ideas. Pero es, por lo mismo, demasiado honor para mí, este que se me hace poniendo mi nombre en la lista de oro de nuestros conspicuos, para que yo me limite solamente á agradecerlo. Estoy obligado á demostraros la magnitud de vuestra distinción, exhibiendo la insignificancia de mis méritos, y sólo así, mostrando mi pequeñez, comprenderéis el isocronismo con que aparecen en mi conciencia dos estados efectivos tan contrarios como el miedo de hablar y el deseo de hablar, producto, seguramente, de la mediocridad de mi cultura, la cual, no siendo tanta que me preste la firmeza de la ilustración, no es tampoco tan nula que me infunda el atrevimiento de la ignorancia.

El tema que los organizadores de este curso de conferencias han designado para la mía, y cuyo enunciado es «Don

Quijote y la locura», divídolo yo en tres partes: una, la locura de Don Quijote; otra, la locura en Don Quijote; otra, la locura por Don Quijote.

La locura de Don Quijote.

Es incuestionable. El mismo Cervantes lo afirma y, sin embargo, muchos cervantistas que con apariencias de cervantófilos resultan cervantófobos, la niegan lisa y llanamente. Yo mismo, á raíz de la publicación de un modesto folletito, al cual tendré que referirme más de una vez en la primera parte de esta conferencia, y que compuse con la historia clínica de D. Alonso Quijano, recibí hasta cuatro cartas, poniéndome de oro y azul, por haber osado llamar loco al protagonista del libro inmortal y, sin embargo, loco era y loco tenía que ser para los fines críticos y didácticos con que su autor lo compuso; loco resulta, no sólo de las afirmaciones de Cervantes, de los juicios de todos cuantos le vieron y escucharon, y de la opinión del médico que le asistió en su enfermedad, sino del estudio de sus hechos y de sus dichos, tan conformes con sus pensamientos, que ni una sola vez se arrepintió de los primeros ni se rectificó de los segundos, á pesar de haberle proporcionado, unos y otros, más que sendos disgustos y descalabros ya que, si á contar vamos, siempre resultaron, por lo menos, el doble de sus palabras, sus sinsabores, y el triple de sus acciones, sus deterioros.

Loco fué Don Quijote. Estudiad conmigo sus percepciones y sus ideas, su lenguaje y sus actos y os convenceréis. La Percepción es la sensación interpretada, como la sensación es la conciencia de la impresión. Todo lo referente á la sensibilidad, se hacía bien en el organismo de Don Quijote menos este último acto, el más complejo de la psicología sensitiva, que consiste en la interpretación de las sensaciones y que se conoce con el nombre de percepción.

Don Quijote no vió en el vacío ni oyó en el silencio; no percibió algo donde no había nada, en cambio interpretaba mal lo que veía y lo que oía y lo que tocaba. Es decir, que

entendiendo por *ilusión* toda percepción falsa de un objeto real, y por *alucinación* toda percepción sin objeto tangible que la provoque, las percepciones de Alonso Quijano estuvieron perturbadas en el sentido de la ilusión, pero no de la alucinación. Don Quijote tuvo muchas ilusiones, ¡quién no las tiene en la vida!, pero ninguna alucinación, porque aun cuando Pí y Molist en su precioso libro *Primores del Don Quijote*, afirma que el Ingenioso hidalgo tuvo algunas alucinaciones tales como las de las batallas con los gigantes, que refiere la sobrina, y la del torneo en que le hallaron los escrutadores de su librería, yo pienso que ni siquiera estas fueron alucinaciones, sino verdaderas ilusiones como las demás de su vida, porque aparte de que es liviana razón la que se desprende de las narraciones de una mujer que como la sobrina de Don Quijote pudo exagerar al describir las batallas con que en ocasiones ponía punto á las lecturas su desventurado tío, bien podían los estantes de la biblioteca, los muebles del cuarto, las estampas y cuadros de las paredes y aun las cortinas de las puertas, impresionarle la imaginación como si fueran gigantes, de la misma manera que tomaba por *sangre* de las heridas que había recibido en la batalla, el *sudor* que sudaba del cansancio y de igual suerte que el *agua fresca* que le refrigeraba en la refriega la reputaba preciosísimo *bálsamo* del sabio Esquife.

Lo mismo puede decirse del torneo de voces, desatinos, cuchilladas y reveses que por lo demás, tuvo de pesadilla, doble que de delirio, según la hora, ocasión, apostura é indumentaria que se aprecian en el hecho.

Don Quijote no hizo en estas, como en las demás ocasiones, más que interpretar con arreglo á sus ideas delirantes las cosas y objetos, sucesos y personas que con realidad tangible se presentaban ante sus sentidos.

Así tomó las ventas por castillos; y le parecieron doncellas las mozas del partido; enano fabuloso, el vulgar porquero; alcaide, el posador; marqués de Mantua, el labrador Sancho; gigantes, los molinos de viento; gente endiablada y descomunal, los frailes; piedras orientales, las cuentas de vidrio; los cabellos que en alguna manera tiraban á crines, hebras de lucidísimo oro de Arabia; suave y aromático, el

olor de ensalada, fiambre y trasnochada; finísimo cendal, la tela de arpillera; moro, el arriero; ejércitos, las manadas de ovejas; anclas, la litera; demonios, los batanes; yelmo de Mambrino, la bacía de barbero; señora principal, una vulgar hembra del Toboso; gigantes, las cubas de vino tinto; princesa Micomicona, el cura; follones y malandrines, los disciplinantes, y mil cosas más que si á mentarlas fuéramos habríamos de repetir por puntos, todas y cada una de las famosas aventuras.

Estas ilusiones fueron principalmente de la vista, es decir, que veía una cosa y se le figuraba otra, pero las tuvo de toda clase: así entre las ilusiones de oído podemos citar los ruidos del batán y el cuerno del porquero; entre las del olfato, el perfumado aliento de Maritornes; entre las del gusto, el bálsamo del sabio Esquife; entre las del tacto, la camisa de cendal finísimo y las hebras de oro de Arabia; entre las cenestésicas, la de figurarse que él no era Alonso, sino Don Quijote y las del encantamiento; entre las motrices, las del caballo Clavileño, y como modelo de asociación alucinatoria, todos los acontecimientos de la cueva de Montesinos.

LAS IDEAS de Alonso Quijano, en orden á las relaciones de su personalidad con el mundo exterior, estaban perturbadas al extremo de creer que infinitas gentes necesitaban de sus auxilios y que él se lo prestaría por completo, á pesar de todos los pesares. De esta idea principal surgió un verdadero sistema de cerebración consciente y voluntario, que constituye el delirio de *Don Quijote de la Mancha*.

Estas ideas delirantes no eran paroxísticas ni iban acompañadas de ansiedad ni precedidas en su ejecución de lucha alguna por parte de su voluntad, ni eran ignoradas del yo consciente; al contrario, la idea de Don Quijote, perfectamente conocida por nuestro loco, no era considerada por él, como extraña, forastera ó intrusa, que á pesar suyo salteaba su conciencia y allanaba su morada ideal, sino la más propia para su discernimiento, la más idónea á su modo de pensar y la expresión más pura de su propia naturaleza intelectual y moral; por eso en vez de luchar para rechazarla

arrojándola de sus entendederas como huesped molesto y dañino, la recibió en su cerebro con toda clase de atenciones, cuidados y cortesías, y así le dió calor y vida y luchó por ella, defendiéndola y no atacándola, tratándola, en fin, como hija de su inteligencia y enamorada de su corazón, y al contender con follones y malandrines, defendiendo virtudes postizas y verdades falsas, obligando á todo el mundo á confesar lo que él quería que se confesase en punto á hermosura, honor, bondad, estirpe y nobleza, era su idea lo que defendía, era por su idea por lo que luchaba, y aunque parecía que Dulcinea era su delirio, su delirio era su Dulcinea.

Las ideas delirantes de Don Quijote no eran, pues, de persistencia indefinida, inmutables y *fixas*, *inconscientes* como la de los histéricos, no eran tampoco *obcecantes* como la de ciertos melancólicos, sino ideas de las que Wernizke llamó *prevalentes*.

El delirio de Don Quijote no era un delirio por simbolismo verbal ni de percepción inmediata, era un delirio común, corriente, de los llamados de inferencia ó de interpretación, que partiendo de las falsas premisas de la existencia real de los caballeros andantes y de la posibilidad y necesidad de su aparición actual, pasó por todas las fases del proceso lógico del pensamiento y con absoluta conciencia y natural evolución psicológica del razonamiento, dió origen á las ideas delirantes y á los juicios incorrectos de donde se desprendieron las conclusiones, erróneas é ilógicas hasta el extremo, si se las considera desligadas de las premisas, pero lógicas, hasta el colmo, si se las toma como término de una serie de procesos psicológicos cuyo origen radica en un cerebro batido durante muchos meses por la lectura de los libros famosos.

Las ideas de este delirio eran de grandeza principalmente, pero en perfecta trabazón con ideas de persecución (encantadores), de defensa, de erotismo casto. (Esquirol cita á Don Quijote como modelo, cuando habla de la erotomania.)

EL LENGUAJE de nuestro héroe, íntimamente ligado

á sus ideas, como éstas á sus percepciones, estaba trastornado en su *mímica*, en su *palabra* y en su *escritura*.

En Don Quijoté, lo mismo los gestos expresivos de su sentir que las actitudes delatorias de su pensar, ó lo que es igual, la *mímica* de la emoción á la par que la de la inteligencia, fueron enérgicas, rápidas, duraderas, y en su conjunto indicaban satisfacción, confianza, optimismo, pero todo ello expansivo; es decir, que Don Quijote fué un *hipermímico* y un *hipersémico*.

Por eso se dirigió á las *dos mozas del partido*, alzándose *la visera de papelón* y descubriendo su *seco y polvoroso rostro con gentil telante y voz reposada*; por eso embrazando su *adarga* *asió su lanza* y con *gentil continente* se comenzó á *pasear delante de la pila* velando sus armas.

El *alzar los ojos al cielo* mientras descargaba tremendo golpe en la cabeza del arriero; el contento, la gallardía y el alborozo que le *reventaban por las cinchas del caballo* cuando salió de la venta armado caballero; el *ademán arrogante* con que dijo á los mercaderes, *todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa*, etc.; el *gentil brio y continente* con que en la aventura del muerto exclamó: *deteneos caballeros quien quiera que sedis*; hasta el modo como fué *al socorro de las narizes apretándolas entre los dos dedos* cuando *Sancho vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él*, tenían algo de elegante y mayestático, y como colmo y fin de esta *mímica expresiva* y exagerada, bastará citar las *zapatetas en el aire* y las *tumbas que diera en Sierra Morena con la cabeza abajo y los pies en alto*, descubriendo cosas que obligaron á *Sancho á volver á Rocinante por no verlas otra vez*.

En la *palabra* de Don Quijote, no había el menor trastorno en cuanto se refiere á su exteriorización ó articulación de las voces; su pronunciación era clara, limpia, correcta. Todo pudo ser Don Quijote menos *dislállico*.

Lo mismo debe decirse de la adecuación de las palabras á las ideas, de aquel escogitar rápido, preciso, como automático de los nombres, vocablos y frases ajustadas al pensamiento que se quiere expresar; ninguna de las múltiples *disfasias* que se estudian por los autores, puede aplicarse á

Don Quijote. Pero en cambio, los trastornos del lenguaje, derivados de la anormalidad del funcionamiento de la inteligencia, eran evidentes.

Don Quijote tenía una *dislogia* incuestionable, patentizada en la dicción expresiva, en la forma gramatical, en el estilo del discurso, en la formación de las ideas y en el contenido de los pensamientos.

Por lo que se refiere á la dicción expresiva, el tono, la intensidad y el timbre con que Don Quijote expresaba sus ideas, variaban según las circunstancias, y todo lo campanudo, reposado, altisonante y vibrador de su discurso antes de entrar en aventuras, se convertía en apocado, suave, lacrimoso y tenue después del descabro subsiguiente, expresándose con *debilitado aliento*.

Fuera de aventuras, lo mismo en sus primorosas disertaciones sobre la Edad de oro y sobre las Letras y las Armas, que en los diálogos y conversaciones, el lenguaje de Don Quijote es enfático, declamatorio y teatral, hablando siempre en orador y llegando á la rima y al monólogo.

Ejemplo de rimas encontramos cuando repite versos de romances caballerescos y componiendo él mismo diferentes metros.

De lo primero bastará recordar lo que dijo á Sancho Panza cuando se lo encontró después de su primera aventura con los mercaderes:

¡Oh noble marqués de Mantua,
Mi tío y señor carnal.

De lo segundo, no hay sino colegir cuántos serían los que saldrían de su boca en Sierra Morena antes de escribir la famosa letrilla de estribillo dulzón:

Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea.

Modelo de monólogos es el que endilgó caminando por el antiguo y conocido campo de Montiel: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha, etc.»

Por lo que atañe á la forma gramatical, la sintaxis de Don Quijote era irreprochable; como que hablaba con la

de Cervantes, pero en muchas ocasiones, recordando la manera especial de componer las frases del famoso Feliciano de Silva, con aquello de la *razón de la sin razón que á mi razón se hace*, etc., exclamaba, refiriéndose á Dulcinea: «Mucho agrabio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afinamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura...» y otras cosas por el estilo.

Tocante á éste y por las mismas razones que hemos indicado en la sintaxis, fué en alguna ocasión pretencioso, pintoresco y, aunque, casi siempre, elegantísimo, elegido y rico por todo extremo, á ratos y por contagio de Sancho Panza, aparecía repleto de sentencias, proverbios y hasta refranes con vocablos de doble sentido. Díganlo si no los consejos á Sancho cuando va á posesionarse del Gobierno de la Insula Barataria, y el célebre *peor es meneallo*.

En lo concerniente á la formación de las ideas, ¿qué otra cosa decir, sino que por el hilo de aquella elocuencia exaltada puede sacarse el ovillo de una inteligencia, aunque perturbada, vigorosa, y de un ingenio, que más bien se sublimó que se desmereció con el delirio, con lo cual no fué simplemente Don Quijote, sino el Ingenioso hidalgo Don Quijote?

Y en cuanto al contenido de los pensamientos, claro se ve que era un conglomerado de las ideas corrientes, bien en los libros de caballería, cuya lectura nefasta determinó su delirio, bien en la literatura y aun en la realidad de su siglo (el xvi).

Cuando lo primero, ideas de grandeza en poder, influencia, valentía, moralidad y amor (caballería andante).

Cuando lo segundo y sólo por breve rato, pensamientos de sensiblería, amartelamiento, poesía y amor también, aunque menos puro y más empalagoso (idilios pastoriles).

Por lo que respecta al lenguaje escrito, nadie ha podido ver el original de ninguna de las cartas y poesías que escribió Don Quijote y por consiguiente no puede decirse nada respecto de la forma de su letra, de la inclinación de sus renglones, de la colocación de los signos ortográficos y de otra porción de detalles *grafológicos* que sin duda alguna

tienen importancia de primer orden para el conocimiento del psiquismo de una determinada persona.

El lenguaje escrito, puede afirmarse que se hacía, como el lenguaje hablado, normalmente, y por consiguiente, que no había ninguna clase de *disgrafía*.

Pero lo mismo que con la palabra hablada, con la palabra escrita, si no pueden notarse defectos en la articulación ni en los trazos, ni perturbaciones en la representación verbal óptica ó auditiva, en cambio, en lo concerniente á la ideación del lenguaje percibiremos en el escrito los mismos trastornos que en el hablado.

Desde luego hay que notar un hecho que por ser raro en la clase de locos de que formaba parte Don Quijote, dice mucho en honor de nuestro enfermo, y es que el caballero de la triste figura escribió muy poco y en cambio leyó muchísimo. Suele ser lo contrario lo que ocurre. Muchos escriben de todo sin haber leído de nada. Bastantes tienen una temporada de leer y otra á seguida de escribir. Algunos solo leen aquello que han escrito. Pero Don Quijote, que leía mucho, escribió muy poco. Solamente dos cartas y algunas poesías, de las cuales únicamente se encontró escrita la famosa letrilla mencionada en otro lugar.

Versos y epístolas, precisamente lo más común en los escritos de los locos.

En las dos cartas y en la letrilla se notan las mismas particularidades que en los discursos y romances, entonados por Don Quijote, en cuanto al contenido del pensamiento y á la formación de la idea revelándose principalmente la tenacidad de aquélla y la perseverancia del concepto delirante.

En la primera de las dos cartas, que es la que dirigió á la soberana y alta señora Dulcinea del Toboso, le expresa la siguiente frase, enrevesada y caballeresca, *si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea sufrido, cual podré sostenerme en este cuita*, etc., y cierra la carta con esta frase hermosa entonces y que ahora se ha hecho cursi por su repetición: *Tuyo hasta la muerte*.

En la segunda, que es la que dirigió á Sancho Panza desde casa de los duques, cuando aquel era gobernador de

la célebre ínsula, se ratifica en sus consejos con todo el flo-naire, cordura y buen sentido que mostró al dar aquellos, pero á vueltas de tantas discretas razones al hablarle del gateamiento, le asegura que *no fué nada; que si hay encantadores que me maltraten también los hay que me defendan.*

La letrilla es de lo más ripioso y malo que se ha escrito, pues, por el pie forzado de las quintillas, busca para consonantes con Don Quijote las palabras más extrañas y menos poéticas que pueden concebirse y los conceptos más equivocados.

Realmente sorprende el contraste de su prosa admirable con aquel su versificar endiablado en donde el aditamento del *Toboso* que pone despues de:

Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea

no *causó poca risa en los que hallaron los versos*, porque imaginaron que debió imaginar el poeta que si en nombrando á Dulcinea, no decía también el Toboso, no podría entenderse la copla, como así fué la verdad, según confesó despues el propio Don Quijote.

Estudiemos, por último, sus ACTOS MORBOSOS.

En la conducta de Don Quijote se notan los dos rasgos principales de la de los alienados estudiados por Morselli, á saber: la falta de adaptación del individuo á las condiciones del medio en que vive y la disconformidad entre su conducta actual y su conducta anterior.

Don Quijote de la Mancha dejó de vivir como Alonso Quijano, para adoptar el género de vida de los tiempos fabulosos de Palmerín de Inglaterra; descuidó su hacienda por cuidar de la de los demás; de madrugador se tornó en trasnochador; de amigo de la caza se cambió en desfacedor de entuertos, y así como antes su casa y su familia constituían su felicidad, luego vendió los campos para comprar libros, se fué de su hogar y hasta de su pueblo, y abandonó la sobrina a, que era su familia toda.

Don Quijote pasaba de la idea á la acción con facilidad extraordinaria y demasiada rapidez. Esta hiper-actividad,

psico-motriz, no fué tan acentuada que llegase á lo que se llama *locura de acción*, ni se nota en Don Quijote aquel deseo, verdadero prurito, necesidad imperiosa de movimiento, como el de la actividad infatigable de ciertos maniacos, ni mucho menos le arrastraba á la incoherencia y al desorden propio de los inconscientes. Por el contrario, Don Quijote no perdió jamás la conciencia de sus actos, y precisamente por comprenderlos intensamente en su delirio, los ejecutaba siempre con deliberado propósito y á toda voluntad. El sentimiento de su superioridad intelectual, moral y física, le daba una confianza sin límites en sus propias fuerzas y bañaba su espíritu en un ambiente de optimismo penetrante.

Don Quijote hacía lo que hacía, porque así le venía en deseo, porque le daba la gana, porque quería en suma; era un hiperbólico como los que estudia Eminghaus, y en muchas ocasiones demostró que querer es poder.

Los actos de Don Quijote, como manifestaciones exteriores de su carácter dulce, generoso y resignado, sin dejar por esto de ser optimista y expansivo, tenían el sello de su procedencia, y de tal arraigo eran aquellas cualidades y de tan añeja solera, que á pesar de los pesares de la locura, no consiguió éste hacerle en su conducta ni egoísta, ni indiferente, ni perverso, ni violento, ni vanidoso recalcitrante, como son la mayoría de los orates.

Por esta integridad de su carácter tan fuerte y tan entero, que dió sello á su vesania, en vez de ser él modificado por la locura, fué la locura modificada por él. Don Quijote no realizó jamás un *acto impulsivo*.

Ni las emociones más intensas, como en la aventura de los leones, ni el despertar vigoroso de la vida instintiva, ya en lo que se refiere al individuo (todas las aventuras sin excepción, pues en casi todas peligró su vida), ya en lo que se refiere á la especie (castidad del amor hacia Dulcinea y honestidad á prueba de mozas del partido, pastora Marcela, hermosa Dorotea, desvergonzada Maritornes y mal ferida Altisidora); ni las cuantiosas ilusiones ó alucinaciones sensoriales de que está repleta la historia de sus famosas aventuras; ni el vigor y lozanía de sus ideas delirantes, fijas y obcecadoras hasta el extremo, fueron parte con su oleaje

impetuoso á desgastar en mucho ni en poco la roca firme de su carácter, antes bien, con el contacto se impregnaron aquellas ideas de sus cualidades.

Los actos de Don Quijote estaban íntimamente ligados á la percepción trastornada y á la ideación morbosa.

La *falsa interpretación* que de las cosas, personas y sucesos hacía Don Quijote y el delirio de grandezas en su derivación de la caballería andante; alguna vez la *memoria* trayéndole al pensamiento los personajes y aventuras de sus malhadados libros y otras el *sentimiento* exaltando su dignidad personal como en los acaecimientos de las manadas de carneros y ovejas, que él tomara por los ejércitos de Ali-fanfaron y Trapobana, en el caso del cuadrillero, influyeron juntamente con la percepción y la ideación, de el modo de hacer del ingenioso hidalgo, pero jamás la sensibilidad ni la voluntad fueron parte en la determinación de los famosísimos actos de Don Quijote.

En comprobación de estos asertos están todas las aventuras de nuestro héroe, desde la primera á la última; lo mismo cuando hizo desatar al mísero Andrés, que cuando fué vencido por el caballero de la Blanca Luna y desde el punto y hora de aquel caluroso Julio en que armado de todas sus armas subió sobre su rocinante, hasta pocas horas antes de dictar su testamento.

La locura en Don Quijote.

Es tratada la locura en el libro inmortal con tal maestría, que bien puede asegurarse de su autor que, no sólo conocía al dedillo el estado de la psiquiatría en aquella época, sino que rectificó muchos errores que entonces se tenían como verdades incontestadas por los alienistas del siglo xvi y principios del xvii, y hasta se adelantó, como verdadero vidente científico, á nuestros progresos actuales.

Pudo Cervantes tomar datos y aun copiar escenas para la composición de su libro en las sátiras de Horacio, en el libro del conde de Guimerain, citado por Adolfo de Castro y escrito por aquél con el título de *Cartapacio*, precisamente

en mi pueblo de Zaragoza el año 1613, en el libro de las ilustres mujeres de Juan Bocaccio y en el *entremés* de los romances, si es que este mismo entremés no es debido á la pluma del propio Cervantes. En efecto, en aquel diálogo de Horacio con los estoicos Damasipo y Estertinio en que, después de discurrir acerca de lo que sea loquear, se llama orate á todo el mundo, pudo Cervantes encontrar un antecedente clásico del refrán conocido *los niños y los locos dicen las verdades*, y puesto en la necesidad de decirlas, tomó para ello un loco, que puede exponer muchas, mejor que un niño, que puede expresar muy pocas, sobre que el niño sólo hace decirlas y el loco, aunque parezca paradógica la frase, sabe, á más de decirlas, razonarlas; tal vez en el pasaje de aquella misma sátira, tercera del libro II, en que Áyax degolló un rebaño de carneros tomándolos por Agamenón, Ulises y Menelao, pudo inspirarse Cervantes para la descripción de la aventura de los ejércitos de Alifanfaron y Trapobana, los cuales no eran otra cosa que manadas de ovejas y carneros; quizás en la epístola de Horacio á Julio Floro, en donde se ocupa del noble de Argos, que se imaginaba ver representar comedias maravillosas en un teatro, esté el germen de la aventura del retablo de Maese Pedro; puede ser que el *Cartapacio* del conde de Guimerain, donde se cuenta el sucedido del estudiante de Salamanca, el cual, á mitad de una lectura en un libro de caballerías, tomó un montante y empezó á esgrimirlo para defender al malhadado caballero, sea el origen de la celebrada aventura de los pellejos de vino; sin duda alguna se inspiró en Bocaccio para la descripción maravillosa de la Edad de oro; muy parecidos á Don Quijote y á Sancho Panza son el Bartolo y el Bandurrio del entremés de los romances; pero ¿quién asegurará que fueran todos estos pasajes elementos literarios para la composición de la más grande de nuestras novelas?

De todas suertes, el solo hecho de buscar orientaciones para la concepción de aquella vesania en la literatura mejor que en la medicina de su época, hace honor á Cervantes, pues lo mismo en lo clásico de Hipócrates, Galeno, Areteo de Capadocia, Sorano, Pablo de Egina ó Jacobo Silvio que en lo publicado en España sobre cosas mentales en todo el

siglo xvi por Bernardino Montaña de Montserrat (*Sueño del Marqués de Mondéjar*), Llovera de Avila (*Colección de cartas muy preciosas en respuestas á diversas preguntas*), Oliva del Sabuco (*Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*), Gómez Pereira (*Novæ veræ que medicinæ experimentis, etc.*), y Veldes de la Plata (*Crónica historia general del hombre*), hay tales enormidades y sandeces, que á seguir á los médicos en vez de á los poetas, no hubiera sido posible sacar otro loco que un melancólico corto de genio, parco de palabras y quieto de actos, todo lo contrario de Don Quijote, cuyo genio largo, palabra abundante y acción múltiple, contrasta con lo que por aquel entonces se sabía de achaques del cerebro.

Yo creo, sin embargo, que Cervantes no se sirvió para describir su loco, ni de la psiquiatría embrionaria de la ciencia, ni de los delirios imaginativos de los poetas, sino que, precursor de lo que luego se ha llamado realismo y naturalismo en la literatura, acudió al estudio del documento vivo, y siguiendo entonces los procedimientos de Balzac ó de Zola, ó de Galdós ahora, acudió, no á los libros, no á una casa de locos que por entonces más parecían presidios, y donde la observación no podía hacerse en la espontaneidad de la conducta del orate, sino á su propio pueblo, frente á su misma casa, y viendo hacer y oyendo hablar á un loco suelto, soltó al suyo de su caletre, de donde salió Don Quijote á imagen y semejanza de D. Rodrigo Pacheco, hidalgo de Argamasilla de Alva, de quien habla Hartzembusch.

Ahora bien; ni sería sólo Cervantes el que contemplase al loco Pacheco, ni sería D. Rodrigo el único loco de aquella catadura que hubiese en el mundo. Y, siendo esto así, ¿cómo se comprende que ni el médico de Argamasilla ni los demás doctores del mundo describieran parecidamente, como lo hizo Cervantes, aquel caso de locura?

Una de dos, ó fué todo obra de aquella imaginación privilegiada, cosa que me parece imposible dada la realidad actual de locos de aquella clase y la falta de razón para que ahora los haya y entonces no los hubiera, ó Cervantes tenía condiciones de observador muy superiores á todos los médi-

cos de su época, y aun á todos los de muchas épocas posteriores, porque la locura que describe en Don Quijote, con justeza por nadie igualada, es una paranoia *crónica de tipo expansivo, forma megalómana y variedad filantrópica*, como demuestro en mi folleto citado (1).

Todos sabéis que como dice Arnaud (2) las paranoias son «Estados psicopáticos funcionales caracterizados por ideas delirantes permanentes, fijas, metódicamente ligadas entre sí, que se desarrollan en un sentido determinado, y siguiendo una evolución lógica». Así sucedía en Don Quijote, el cual discurría admirablemente en toda otra cosa que no fuese el motivo de su delirio, y dentro de éste también discurría con la lógica morbosa que se funda en los prejuicios. Hablarle á Don Quijote de literatura, de ejército, de política y de administración, de historia ó de geografía, y os admiraréis de su cordura. Pero tocarle el punto flaco de la caballería andante y como si dieseis jaboncillo á su discurso, resbala con suavidad y rapidez incontrastables por el plano inclinado de sus nefastos libros.»

«Estos estados—continúa el tratadista citado,—independientes de toda lesión orgánica apreciable hasta el presente, parecen igualmente independientes de todo origen emocional.» Así también en Alonso Quijano, nada revelaba en su sintomatología que hubiese esclerosis, hemorragias, embolias, degeneraciones, neoplasias ó reblandecimientos en aquel cerebro privilegiado, en la cordura como en la insania. Claro es que falta una autopsia en aquel cadáver para dirimir con verdadero conocimiento de causa la contienda que algunos comentadores con pujos de mentalistas han establecido con sus opiniones en pro ó en contra de posibles lesiones, pero convengamos en que á la ciencia de hace cuatro siglos le hubiese sido imposible descubrir las lesiones, las cuales en todo caso habrían de ser de tal índole, que sólo la técnica histológica podría descubrirlas, y confesemos que á la luz de la ciencia actual la simple narración de los hechos

(1) La locura de Don Quijote. Discurso inaugural del curso de la Academia Médico-quirúrgica aragonesa y dedicado á la Excm. Sra. Duquesa de Villahermosa. Zaragoza, 1904.

(2) Traite de Pathologie mentale, de Gilbert Ballet, pág. 488.—Paris, 1903.

basta y aun sobra para descartar todas las cerebropatías de lesión conocida, estando la locura de Don Quijote más lejos de la parálisis general progresiva que el cielo de la tierra y, todavía más, que nuestro pobre y deslabazado estilo de la admirable prosa de Cervantes.

Del mismo modo, ninguna clase de emoción, ni orden alguno de sentimientos, ni nada de lo que pueda referirse á la vida efectiva, influyó, poco ni mucho, en el mentalismo de nuestro héroe.

«Están las paranoias—dice el autor citado,—en relación evidente con trastornos profundos y todavía muy oscuros de la cenestesia, pero se manifiestan primitivamente por una desviación de las funciones intelectuales, la cual, sin embargo, no lleva aparejada una debilitación de la inteligencia.» Precisamente es esto lo que acontece en el Ingenioso hidalgo. Tan profundo es el trastorno del conocimiento íntimo de su personalidad, que no sólo aparece fuera de su lugar, vestido de otro modo y ocupado en otros menesteres, sino que hasta de nombre cambia, y si alguno le llamase, después de aquel memorable día de Julio en que salió por Montiel, D. Alonso Quijano el Bueno, de seguro no habría de responderle, y de hacerlo, sería para protestar de la equivocación del osado malandrín y follón que en esta forma quería rebajar los grandes méritos del más grande de los caballeros andantes, pues eso y no otra cosa era él y por tal le reconocía todo el mundo, ya que á los cuatro vientos habían pregonado sus hazañas el nombre de Don Quijote de la Mancha.

Ideas delirantes es lo único que se encuentra en la psicopatía de Alonso Quijano, y bien claramente se percibe que esta desviación de las funciones intelectuales, no es ciertamente de aminoración ni mucho menos. Al contrario, más que debilidad en el discurrir, se nota mayor pujanza y brío, como lo atestiguan Sancho Panza, el cura y el barbero una porción de veces en el decurso de la historia y como lo certifica en todo momento la primorosa manera de decir y el ingenioso modo de idear de Don Quijote.

«El delirio se presenta como un sistema limitado á una serie de ideas particulares—prosigue el mismo autor,—por

esto el *delirio parcial* se opone al *delirio generalizado*.»

Esto, ni más ni menos, ocurre en Don Quijote. Nada de manía; la excitación intelectual no reza más que con las ideas de la caballería andante.

«Pero este carácter de trastorno parcial no es más que relativo, y debe entenderse que se refiere á la extensión del delirio, pero en modo alguno á la extensión de la perturbación intelectual, y aunque el delirio no se manifiesta más que á propósito de cierta serie de ideas, el espíritu está falseado en su conjunto, ya que se encuentra incapaz para apreciar exactamente y rectificar los elementos falsos que lo invaden.»

En efecto, Alonso Quijano no puede apreciar la falsedad de las ideas de su delirio, y combinando las ideas delirantes con las sanas, las falsas concepciones con las verdaderas, las percepciones reales con las ficticias, da el mismo valor á unas y á otras y con la misma razón habla como loco que como cuerdo, es decir, con una razón averiada.

«A las ideas delirantes—continúa Arnaud,—se añaden, en la mayor parte de los casos, alucinaciones.» Uno de estos casos es el de Don Quijote, en el cual también y por último la *primera manifestación de la desviación intelectual* fué *este delirio sistematizado*, por cuyo motivo su *paranoia* fué *primitiva*.

¿Quién puede poner en duda el carácter expansivo de esta paranoia caracterizada por aquella exuberancia en la ideación y en el lenguaje, que ha sido, es y será siempre el asombro de las gentes; por aquel impetuoso coraje con que trataba de imponer su delirio sobre la razón de los demás y por aquel enorgullecerse de su influencia sobre cosas y personas?

¿Quién se atrevería á negar la forma megalomana ó ambiciosa de este delirio que le lleva á creerse todos y cada uno de los doce pares, y aun de los más de doce impares caballeros que, desde el Cid hasta D. Galaor, fueron en el mundo y que les aseguraba las mayores honras, hasta el punto de estimar feliz el siglo que se hable de sus aventuras, y los más grandes provechos, hasta el extremo de ganar provincias y aun reinos enteros?

Por último, ¿cómo desconocer la filantropía de su locura cuando por los demás expuso su vida, su salud y su tranquilidad, y no para él, sino para Dulcinea y para Sancho Panza, quería las utilidades de todo aquel negocio de *bata-llas, encantamentos, sucesos, desatinos, desafíos é insulas* que le devanaban los sesos?

Como fin y remate de este diagnóstico que tan sobre toda ponderación coloca al príncipe de nuestros ingenios, debemos considerar el hecho clínico de observación diaria, del acompañamiento frecuentísimo de las ideas de persecución á las ideas de grandezas, en el delirio ambicioso sistematizado.

Don Quijote tuvo en su contra sabios, encantadores y hasta demonios, que diablo y no otra cosa le pareció el gato que con sus uñas y dientes hizo presa en aquel, su pico de oro, una de las noches que pasó en el palacio de los Duques.

Pero así como en el delirio de persecución esta clase de ideas son las primeras en desarrollarse, viniendo luego las de grandezas, en el delirio megalómano las ideas de grandeza preceden á las de persecución, las cuales son tardías, ni más ni menos que ocurre en el caso de Don Quijote.

Ahora bien, señores, si allá por los años de 1885 causaba asombro la singular maestría con que Cervantes adivinó la existencia para cuatro siglos después, en los libros de medicina mental, de una especie morbosa que se llamó monomanía y en la cual encuadraba perfectamente la locura de Don Quijote, hasta el extremo de citar los alienistas, la descripción de aquella vesania como modelo de monomanías, ¿qué hemos de decir nosotros ahora, en las proximidades de su centenario ó sea veinte años después de la fecha citada, al notar que mucho, muchísimo más parecido que con la monomanía (forma de locura de vida fugaz en las nosotaxias de psiquiatría de la que ya nadie habla, escribe ni se ocupa porque no tiene existencia real) existe entre la locura de Don Quijote y la paranoia, especie morbosa de indiscutible realidad cuyas descripciones modernísimas parecen calcadas en la descripción inmortal y cuya concepción filosófica brotó naturalmente en el cerebro de Cervantes con

más claridad y mejor sentido que en los de todos los alienistas anteriores al siglo XX?

En efecto, no ya hasta Esquirol, sino desde Esquirol hasta la fecha, no se puede encontrar en los libros una descripción tan acabada del delirio sistematizado, crónico parcial, expansivo magalómano y filantrópico como en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Pero no es solo en el modo de comprender esta interesantísima y muy frecuente vesania, donde Cervantes se adelanta tres siglos á su época, es también en la interpretación de las causas y en la aplicación de los remedios, donde aparece su portentosa intuición y su admirable juicio.

En efecto, no achaca á los astros ni á los humores la perturbación de aquella mentalidad de Alonso Quijano, según era corriente en su época, sino que busca en lo intelectual los motivos de las enfermedades de la inteligencia, indaga en la esfera psíquica el por qué de los achaques de la psiquis y encuentra en el insomnio y en la lectura los agentes determinadores de aquella vesania: *Del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro*.

Lo que indiscutiblemente dió lugar á la explosión de su delirio, fué la lectura, la lectura por ser mucha, por ser morbosa y por ser sugestiva. Por ser mucha le produjo verdadera fatiga intelectual, pues se pasaba leyendo las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio; por ser morbosa determinó en él ideas de grandeza extravagantes, y por ser sugestiva arrastró á Alonso Quijano hacia los delirios de los personajes de aquellos libros. Sabido es que, refiriéndose más á los locos que á los claudicantes, se ha dicho que quien anda con cojos, cojea.

Y si es verdad que un loco hace ciento, cuánto no más cierto y más fácil será que cien locos hagan uno.

Así, pues, ¿qué de extraño tiene que á vueltas día y noche con aquellos manicomios sueltos que andaban por entre las hojas de los libros de caballería, el Ingenioso Hidalgo se contagiase?

¿Qué cosa más natural que entre toda aquella multitud de Palmerines, Amadisés, Galaores, Cides, Bernardos, Rolandanes, Morgantes, Reinaldos, Olivantes, Florismartes,

Pares, Boyardos, Orlandos, Tirantes y Belianises, hiciesen un Don Quijote?

La misma portentosa intuición debemos notar en cuanto al tratamiento: nada de drogas, potingues ni menjures, nada de amuletos ni prácticas estrafalarias, como las que se usaban con los demás locos compañeros de Alonso Quijano. Reclusión en el lecho, aislamiento y sugestión, esto hizo Cervantes con Don Quijote y con esto lo alivió durante larga temporada. ¿Se hace más ahora? Y si se hace, ¿valen la morfina ó el veronal, los bromuros ó los fosfatos lo que el reposo absoluto en la cama? ¿Sirven los baños ó las duchas lo que la separación del loco, del medio en donde se hizo la locura? ¿Pueden la luz ó la electroterapia, la opoterapia ó el amasamiento, lo que un tratamiento moral bien dirigido como el de las sugestiones del encantador Muñaton, de la Infanta Micomicona y del caballero de la Blanca Luna?

Las enfermedades morales deben tener causas morales y remedios morales, esto que apenas balbucean los sabios profesores alienistas contemporáneos, lo sabía de coro y lo decía de corrido, hace trescientos años, un hombre que apenas fué bachiller en filosofía.

La locura por Don Quijote.

El la padeció por todos y para todos y nadie enloqueció por él. Hizo el sacrificio de su razón poderosa, á impulsos de su amor inmenso, y nadie le pagó con la misma moneda de cariño que tan á manos llenas derramó por el mundo.

Pero eso fué cuando Alonso Quijano vivía. Después de muerto y enterrado, luego que su historia se publicó, las generaciones siguientes, pagaron aquel tributo que la ingratitud y la pereza de los contemporáneos del hidalgo manchego encomendaron á sus hijos y á sus nietos; de este modo, á la manera como el Amadís de Gaula enloqueció á Alonso Quijano, el Bueno, Don Quijote ha enloquecido y viene enloqueciendo todavía á muchos buenos y á muchos

malos, que no son descendientes directos ni indirectos de Don Quijote sino del cura y del barbero, de Sancho y de los duques, del bachiller y de D. Antonio Moreno, de todos, en fin, los que tanto ultrajaron y escarnecieron al triste y sin ventura caballero.

Porque Don Quijote, como Cristo, no ha dejado sucesión á cambio de lo prolíficos que fueron los escribas y los fariseos de hace veinte siglos, los Pilatos y los Judas de hace tres centurias.

El libro inmortal ha influído en el mentalismo de nuestras sociedades, perturbándolo de tres maneras distintas y dando lugar á sendas locuras, las cuales podemos designarlas con los nombres de *Megalomanía Cervántica*, *Quijotilatría* y *Quijotifobia*.

Llamo *megalomanía cervántica* al delirio de grandezas con que muchos comentadores é interpretadores del *Quijote*, hablan, escriben y opinan sobre los propósitos de su autor al concebirlo, sobre el simbolismo de sus personajes al componerlo y sobre la intención de su lenguaje al publicarlo.

Los que somos tan torpes que no vemos en el *Quijote* más que lo que hay, sin meternos en profundidades filosóficas, políticas ó sociales, llamadas de otro modo camisas de once varas, libros de caballería ó simplemente honduras, no podemos menos de admirar la facultad adivinatoria, el espíritu zahorí, la doble y aun triple vista de todos estos sapientísimos señores, los cuales intentan demostrarnos con sus escarceos y elucubraciones, que lo mejor del *Quijote* no es lo que escribió Cervantes sino lo que no escribió, ya por no creerlo prudente, según mi opinión pobre, ya por encomendarlo á *plumas mejores cortadas que la suya*, á pesar de lo cual, del *Quijote* se hacen muchas ediciones y de los comentarios de sus interpretadores se venden muy pocos ejemplares, porque al paladar ordinario y vulgarote que es el que consume, le sucede con el libro de Cervantes lo que con las cerezas, que gusta más de ellas al natural y recién cogidas del árbol, que puestas en conserva ó digase comentadas, pues el espíritu crítico que comienza interpretándoles el hueso, corrigiéndole el periolo, adicionándoles azú-

car, anotándoles con agua, reterciendo el argumento (entiéndase estrujándolos en un pote), y privándolas de la luz y del aire con el soldamiento, tales cosas les quita y tales les pone, que el propio cerezal no las conocería, á pesar de ser hijas de sus entrañas.

Pero donde la megalomanía cervántica llega á su colmo, donde los comentadores se muestran más papistas que el Papa ó sea más cervantistas que el propio Cervantes, es en el afán de corregir conceptos y aun de cambiar frases enteras, mostrando que *donde dijo Cervantes dijo, no dijo dijo, sino que dijo Diego*.

Así por ejemplo, cantado y rezado expresa Cervantes, no una, sino muchas, muchas veces, por su propia cuenta, y por la de todos los personajes de la novela, que Don Quijote era un loco, y sin embargo, los cervantistas á que me he referido en otro lugar de este trabajo, aseguran que no hubo tal locura en Alonso Quijano, y que es una tontería de nosotros, los médicos, creer en la vesania del protagonista manchego. Bien claramente dice también el príncipe de nuestros ingenios, que Don Quijote se bromeó de sus oyente, contando las fantasías de la cueva de Montesinos. Pues no, señores, al decir de un flamante interpretador, Cervantes no interpretó bien las palabras de Don Quijote, las cuales, para su autor y para mí (porque él lo dijo), tenían el mismo fundamento que las de Sancho, cuando describía lo que percibió en su expedición sobre Clavileño, porque aun cuando Cervantes diga otra cosa, Don Quijote, para el comentador á quien aludo, vió y oyó lo que dijo haber visto y oído, pues Don Quijote no podía mentir nunca.

Llamo *Quijotilatria* á lo que el siempre más ilustre Menéndez Pelayo, nombró en su *Historia de las ideas estéticas en España, fetiquismo cervantista*, es decir, aquel amor exagerado al *Quijote*, que lleva á sus devotos á la enormidad de convertir esta novela, *de libro tan terso y tan llano como es, en la más enojosa de las enciclopedias*. Para estos fetiquistas, las aventuras del ingenioso hidalgo no son una novela, sino una *summa* como la de Santo Tomás.

No he de insistir en esta forma de perturbación mental,

ocasionada por el *Quijote*, y brillantemente satirizada, á más de por aquel ilustre crítico, por Augusto de Cueto, Adolfo de Castro, Don Juan Calderón, Don Juan Valera y otros muchos, de tan sana intención, aunque de menor ingenio y sabiduría; pero déjeseme sincerar de mi opinión sobre el estupendo valer de Cervantes en punto á psiquiatría, la cual opinión, ha de hacerme pasar por fetiquista. La medicina mental fué tan desconocida por Cervantes, como por todos los demás médicos y no médicos de su tiempo, pero fué, sin embargo, mejor sentida por él que por nadie, gracias á sus condiciones de observador perspicaz, que el novelista, más que el médico, debe poseer; pues téngase en cuenta que no haciendo la imaginación invenciones, sino combinaciones, no creando nada nuevo, sino ordenando hechos conocidos, según una regla distinta, acoplando vejeces, en orientación novísima, haciendo, en suma, lo que se hizo en heráldica y en mitología, con los leones, serpientes, caballos, murciélagos y otros animales verdaderos, á quienes se le separó con la fantasía, la cabeza á los unos, las colas de los otros, las alas de éstos y las patas de aquéllos, para formar un animal novísimo, que no existirá nunca, y que por su origen casi delirante se le llamó *quimera*, Cervantes tomó del natural el tipo de un loco, y adicionándole cosas de cuerdo y suprimiéndole cosas de orate, creó una combinación, que fué quimérica, que quizás lo sea ahora también, pero con todo y eso y quizás por ello mismo, debe considerarse modelo de locuras, como fué Don Quijote, espejo de caballeros, pues ya es sabido que los modelos, dechados y prototipos, de tan completos como son, resultan falsos y así de muchas verdades pequeñas juntas, se forma una mentira mayor.

La Quijotifobia es una vesania que, aunque más antigua que el propio Quijote, no ha sido conocida sino modernamente.

Puede decirse que hizo su aparición á raíz de nuestros desastres coloniales.

Entonces convinimos en que nuestro *quijotismo* nos había metido en aventuras; en que nuestra *quijoteria* nos llevó

á la guerra; que nuestro patriotismo era una *quijotada*; que el espíritu de nuestra nación era un *quijote*; *quijotescos* nuestros hombres, y *quijotear* nuestra labor eterna; y puesto que Don Quijote tenía la culpa de nuestras desdichas, había que ignorarlo ó conocerlo para huirlo. Lo primero que debía hacerse era cerrar con triple llave el sepulcro del Cid; luego borrar de las historias el *veni, vidi, vici* de Julio César, en seguida arrancar de nuestra memoria la réplica de Roger de Lluria al conde de Foix, aquello de *los peces con el escudo de las armas de Aragón*, acotolar el recuerdo de Guzmán el Bueno, olvidar para siempre la hazaña de Hernán Pérez del Pulgar, que, con su puñal, clavó el *Ave María en la puerta de la mezquita*, ocupada por los moros, y por último, prender fuego á las carabelas de Cristóbal Colón.

Todos ellos eran unos quijotes, y á ellos debíamos nuestras desventuras.

Al firmar nuestra última paz nos trajimos los restos mortales del genovés y enterramos en su lugar el espíritu inmortal del manchego.

Colón descubrió, con las Américas, la tumba de Don Quijote. Esto es verdad. Pero el enterramiento de este espíritu, que la quijotifobia glorifica, no se hizo de una vez, poniéndole, como epitafio, en la pesada losa de nuestra ignorancia, todos los artículos del tratado pacificador, no; el enterramiento lo hemos hecho lentamente, poco á poco, hoy un trozo del caballero andante, mañana otro, otro al siguiente día, y así durante muchos años, hemos ido haciendo la inhumación de Quijano.

Colón descubrió la tumba para aquel cadáver muchos años antes de que Cervantes encendiera su luz para darle vida, y como la fosa estaba abierta de tanto tiempo atrás, nacer el manchego y comenzar á enterrarle fué todo uno; pero como Don Quijote era muy grande, muy grande, ha costado meterlo bajo aquella tierra americana nada menos que tres siglos, y con nuestros vicios, con nuestras codicias, con nuestras venalidades y con nuestra ignorancia hemos ido enterrándolo á pedazos; primero la caballerosidad, después la hidalguía, luego la bondad, en seguida el

ingenio, más tarde la honradez, por último el ánimo esforzado; todas, en fin, las cualidades de su espíritu y las partes de su cuerpo.

¡Ya está muerto y enterrado totalmente! ¡Ya somos felices! A pocos se les ocurre que hubiera sido mejor enterrar á Sancho Panza, ó á Sansón Carrasco, ó á D. Antonio Moreno ó á la misma sobrina, Antonia Quijano.

Ahora, con motivo del centenario, se quieren remover los restos espirituales, si la frase pasa, de Don Alonso el Bueno.

Un desenterrador ilustre de sus huesos, un mágico evocador de su espíritu, dice en flamante libro, al que me referí más atrás, que el alma de Don Quijote encarnará en el cuerpo de Sancho Panza, cuya vida ha guardado ya Dios muchos años, y cuando esto se realice, celebraranse los esponsales con Dulcinea, la cual todavía está de buen ver, y entonces sí que seremos dichosos y equilibrados, prácticos é idealistas á un mismo tiempo en la sucesión de este matrimonio de tres.

Pero es ya tarde, ilustre maestro, es ya tarde. El espíritu de Don Quijote está bien donde está, no quiere repariarse; desde que se hizo su primera traducción á la lengua sajona se le ha tratado con cuidados exquisitos, se le han prodigado toda clase de agasajos y conforme, en España hemos ido enterrando sus restos, en América han ido desenterrándolos y haciendo su ídolo con ellos.

Por eso, cuando llegó el momento decisivo en la tremenda última lucha, á la manera de Santiago, en la memorable batalla, al modo del Cid en sus proezas de ultratumba, surgió en nuestra contienda Don Quijote, pero del lado de allá, del lado de los que le resucitan y siguen, no del lado de aquí, del lado de los que lo matamos y huímos, y Don Quijote sigue desde el otro mundo y para *el otro mundo* desfaciendo entuertos, libertando galeotes y derribando nuestros caballeros de los Espejos. Porque ¿quién fué el que por ideales de amor y de sosiego se metió en aventuras y expresó la cacareada frase: el medio más seguro para obtener la paz, es hallarse preparado para la guerra?

¿Quién viene demostrando mayor prudencia en la gober-

nación de su pueblo según los consejos de aquel esforzado caballero, sino el que rige los destinos de Méjico?

¿Quién con mayores arrestos ni más profunda convicción arremete contra la ignorancia universal, contra el egoísmo, contra la venalidad, contra los cómplices de los legisladores corrompidos y contra la indiferencia política, que son los opresores, los encantadores y los magos de la sociedad actual? ¿Quién con mayor tesón ha combatido contra el *dollar Cumting* sino el autor de *El ideal americano*? Él oye en sus oídos la clásica frase: *hay que ser virtuoso ó renunciar á ser grande*, pero recordando el esforzado brazo de D. Alonso, la honradez de Quijano y el juicio serenísimo de el Bueno, hechos patentes en las obras, en las intenciones y en los discursos de Don Quijote, modifica el pensamiento de Diderot y escribe en el prefacio de su libro: *Una sola cualidad ó una sola virtud no son suficientes; el vigor, la providad, el sentido común, son igualmente necesarios*. Y este hombre que, como Don Quijote en Argamasilla, cultivó sus granjas en el norte de América; este hombre que, como Don Quijote en Campiel, empuñó sus armas al frente de los Rough-Riders; este hombre que, como Don Quijote en ventas y palacios, pronunció discursos en asambleas y exposiciones, escribe un día lo que le inspiró aquel espíritu enterrado por nosotros y evocado por ellos: *El hombre de acción es superior al crítico; el que lucha está muy por encima del que se mantiene en descanso, sea por pesimismo, sea por debilidad*.

Por otra parte, ¿no es bien elocuente el hecho de que el museo de Boston se llene con nuestras joyas artísticas?

Como Don Quijote vendió sus tierras para comprar literatura, así ellos cambian sus dollars por nuestro arte y, salvo honrosas excepciones (1), más positivistas nosotros que el cura y el barbero, no quemamos los cuadros, como aquellos quemaron los libros, sino que los vendemos. El Muñaton de ahora no es mago, sino judío, como el humo de la hoguera es hoy el cheque de la compra.

(1) La Excm. Sra. Duquesa de Villahermosa ha rechazado millón y medio de francos que se le ofrecieron por un Velázquez, y deja en testamento al Museo del Prado el maravilloso retrato de D. Diego del Corral.

Allá, allá está Don Quijote, no le esperemos, ni corregido, como quieren los *megalómanos cervantistas*, ni aumentado, como lo quisiéramos sus idólatras.

La quijotifobia ha vencido. Comienza á tener remordimientos, pero es ya tarde.

Don Quijote resucitó hace mucho tiempo en América, donde fué enterrado, y no puede por ahora encarnarse otra vez en la que fué su patria.

Con su espíritu se llevó nuestras grandezas, y grandes son los que su espíritu tienen.

Nosotros antes. Ellos ahora.

Lloremos como mujeres lo que no hemos sabido conservar como hombres.

HE DICHO.
